

piniano, Ulpiano, Paulo, Modestino y otros semejantes no solo aumentaron el esplendor de la ciencia legal con sus escritos sutiles y juiciosos, sino que fueron los unicos que conservaron la pureza y hermosura de la lengua, y la precision, perfeccion y nobleza de estilo de los felices tiempos de Roma. Al estudio del derecho civil, debe juntarse el del pontificio, en el que fueron sumamente versados los Romanos. Antistio Labeon y Atteyo Capiton escribieron muchos libros sobre este derecho. Tácito (a) alaba á Cocceyo Nerva, como hombre erudito en las leyes divinas y humanas. Y generalmente el derecho pontificio era casi del mismo modo cultivado por los Romanos, que el civil, y extendia gloriosamente los confines de la jurisprudencia Romana.

CA-

(a) Ann. IV.

## CAPITULO. VI.

## Paralelo de la literatura Griega con la Romana.

Ara conocer mejor el merito de la literatura Griega y el de la Romana, vendrá cotejar una con otra. Pero ante todas cosas pienso, que los escritores de asuntos literarios señalan con poca razon dos épocas en la literatura antigua, una en Grecia por los tiempos dichosos de Alexandro, y otra en Roma en el celebrado siglo de Augusto. Como si las letras Griegas con la division del Reyno de Alexandro hubieran sido tambien disipadas y destruidas, y con el exterminio del imperio de los Griegos hubiese venido á tierra su literatura, y levantadose despues sobre sus ruinas la Romana. Bien al contrario vemos que entre los Griegos florecieron las letras hasta muchos siglos despues de Alexandro; que al tiempo mismo que los conquistadores del universo las lleva-

Insubsistencia de dos épocas, una en la literatura Griega, y otra en la Romana.



ban en triunfo en la capital del mundo, era preciso que los literatos Romanos baxasen la cabeza delante los Griegos, y los reconociesen modestamente por maestros; y que aun despues de estar en Roma amortiguada y casi extinguida la doctrina, se mantenía con honor en Grecia. Es cierto que los mejores poetas, oradores y escritores mas excelentes deben referirse á aquellos tiempos, que precedieron á la ruína del imperio Griego; pero tambien lo es que Euclides, Archimedes y Eratóstenes, que Zenon, Epicuro, Carneade, que generalmente la filosofia y las matemáticas, partes las mas nobles de las ciencias, que la escuela de Alexandria, fecunda madre de hombres ilustres, y que lo mas acendrado de la literatura Siciliana, todo es fruto de los tiempos posteriores; que Menandro y todos los Cómicos de la nueva comedia, Teócrito y todos los poetas Bucólicos, Calimaco y aquellos siete que se llaman *Pleyade Griega*, y otros muchos poetas igualmente famosos no alcanzaron los felices tiempos de Alexandro; que Po-

Polibio, Diodoro de Sicilia, Dionysio de Alicarnaso, Dion Cassio y otros historiadores celebrados son de tiempos aun mas baxos; y que Plutarco, Luciano, Athenéo, Longino y otros infinitos Griegos posteriores son leídos en nuestros dias con placer y admiracion, y eran oídos y respetados de los Griegos y Romanos quando Roma apenas podia ver algun vestigio de su antigua literatura. No solo se conservó por mucho mas tiempo entre los Griegos que entre los Romanos el estudio de las ciencias sérias, tan cultivado por aquellos quanto olvidado de estos, sino tambien el gusto de las buenas letras y las gracias del estílo; porque habiendose sujetado los Romanos mas tarde á la fatiga de la lima, sacudieron mas pronto el yugo, y abandonaron sus plumas á un estílo barbaro é inculto.

A mas de esto me parece vana por otro motivo la distincion de aquellas dos épocas de la literatura antigua; puesto que siempre que se examine con cuidado la Romana, facilmente se verá que no se dis-

Literatura  
Romana del  
todo Griega.



distingue de la Griega mas que en el lenguaje. La poesía estaba sujeta en ambas á las mismas leyes, y una y otra tenian las mismas medidas: la eloqüencia Romana no podia salir de los terminos que habia señalado la Griega; Tulio y Virgilio estudiaban en Roma los mismos modelos, que en Grecia se proponian imitar Apolonio Rodio y Dion Crysóstomo. Griegos eran los exemplares, que encargaba Horacio á los Romanos registrasen noche y dia para aprender el buen gusto; Griegos los maestros que enseñaban en Roma las buenas letras y las ciencias; Griegas las artes y la disciplina de que estaba llena Italia; en suma Griega era toda la literarura Romana, y no podia formar por sí una familia, que debiese tomar nombre distinto del de su madre la Griega. No tenia Roma aquellos establecimientos públicos, aquellas escuelas, aquellas academias, aquellas universidades literarias, que eran tan frecuentes en Alexandría, en Rodas, en Aténas y en todas las ciudades y colonias de los Griegos: los Romanos que querian hacer pro-

progresos en la literatura, y deseaban poseer todo género de doctrina, era preciso que abandonando la patria, pasasen á Grecia, madre y depositaria de toda la sabiduría, y humillando el orgullo y soberbia Romana se sometiesen á los sujetados Griegos. La Grecia vencida con las armas Romanas, tenia con las letras sujeto y cautivo á su fiero vencedor: y mientras la política Romana numeraba á la Grecia entre sus dominios, contaba la literatura Griega el imperio Romano por una provincia suya. De modo que baxo qualquier aspecto que quiera mirarse la literatura Romana, se encontrará toda Griega, y no habrá razon para formar de cada una de ellas una época distinta.

Pero sin embargo, los Romanos supieron aprovecharse tanto de la instrucción Griega, que no siempre siguieron escrupulosamente las pisadas de los escritores de aquella nacion, ni siempre les quedaron inferiores. La gloria que Quintiliano pretende que sea propia de los buenos imitadores, *Ut priores superasse, posteros docuis-*

Los Romanos émulos de los Griegos.



*cuisse dicantur*, conviene verdaderamente á los escritores Romanos, los quales han servido á la posteridad de mucha instruccion y de excelente exemplo; y si no deben anteponerse á sus predecesores los Griegos, pueden ciertamente estar á su lado. Porque empezando á hacer el paralelo por la poesía, no hay duda en que los Griegos cuentan un número de hombres famosos muy superior al de los Romanos; pero la excelencia á que estos llegaron, compensa de algun modo su escasez. En efecto; qué comparacion puede hacerse entre el innumerable ejército de cómicos Griegos, y el cortísimo número de Latinos? Pero como no tenemos mas que las comedias de Aristófanes y algunos fragmentos de Menandro por una parte, y por otra las de Plauto y de Terencio; á estas solo debe reducirse el cotejo del merito cómico de los antiguos, que creo no será muy perjudicial á los Romanos, aunque en sentir de Quintiliano fuese ésta la parte mas débil, *In comœdia maxime laboramus*. Porque las comedias de Aristófanes se ha-

hallan tan llenas de irregularidades, que no puede llevarse á mal que se comparen con las de Plauto, y las de Terencio son tan elegantes y pulidas, que nos hacen creer sostendrian el cotejo con las de Menandro si pudieramos examinarlas. Por otra parte puede reflexionarse á favor de los poetas de Roma, que si Terencio con tanto merito no pudo lograr de los criticos Romanos mas que el nombre de *Semi-Menandro*, habrá sido sumo el merito de Afranio, á quien se le dieron enteramente. En la tragedia, á mas de los elogios que Tulio, y otros eruditos y juiciosos Romanos daban á Pacubio y á Acio, podria hacer algunas reflexiones sobre el *Tieste* de Vario y la *Medea* de Ovidio, muy favorables al merito Romano, viendo que Quintiliano las ensalza tanto sobre las comedias Latinas, y que los Romanos acostumbrados á la elegancia de Virgilio, de Tibulo y de Horacio, recibian con igual gusto las tragedias de Vario; pero sin embargo en esta parte cedo sin dificultad la palma á Sofocles y á Eurípides, y confie-



fieso que la tragédia es toda Griega. Al contrario la sátira es toda Romana, bien que forma un genero de poesía muy inferior á la tragédia. Pudieron muy bien Horacio, Persio y Juvenal proponerse por modelo á Lucilio; pero no tuvieron ningun exemplar Griego que imitar. Los criticos disputarán si la palma pertenece á Horacio, ó á Juvenal; pero siempre será cierto que se les debe á los Romanos. Lucrecio superó mucho á los filósofos Griegos que expusieron su doctrina en verso: el mismo Manilio, aunque mas ténue y débil que Lucrecio, no dexa de tener de quando en quando pasages elegantes, que á lo menos le hacen igüal á Arato, por no llamarle superior á todos los poetas didascálicos de Grecia. ¿Y por qué el dulce y amable Catulo deberá ceder el lugar á Calimaco, ó á algun otro poeta Griego de su clase? Quintiliano á quien no se le puede imponer la tacha de afecto á los Romanos quando se trata de compararlos con los Griegos sus maestros, dice que no teme el cotejo de estos en la elegia. En efec-

efecto ¿qué elegia Griega podrá presentarse capáz de competir con las Latinas de Propercio y de Tibulo? No faltan á Horacio los sublimes vuelos de Pindaro; pero sabe elevarse sin temeridad, y siguiendo siempre el camino recto. Algarotti dice (a), que Horacio reunia en sí todas las gracias de los poetas Líricos, que por mas de dos siglos havian honrado á la Grecia. Siempre que tomo en las manos las obras del incomparable Virgilio me siento arrebatado del dulce encanto de su divina poesía, y no puedo imaginarme que la exactitud, la nobleza, el artificio, la grandeza del diseño y las innumerables prendas de la *Eneida* deban tenerse en menos que la copia, la imaginacion, el fuego y la fecundidad de los poemas del grande Homero. Conozco que Teócrito tiene mas merito que Virgilio en las bucólicas; pero los pastores de Teócrito son todavia un poco toscos y duros, y los de Virgilio parecen mas cultos y pulidos, y se presen-

R 2 tan

(a) *Sag. sop. Or.*



tan con mayor donaire. Las Geórgias de Virgilio no solo exceden á los poemas de Esiodo, sino que son el trabajo mas perfecto y acabado de que puede gloriarse la poesía en los tiempos antiguos y modernos. A despecho de los mas zelosos apasionados á los Griegos y de los delicados modernos, expondré libremente mi juicio en alabanza del poeta Mantuano. Virgilio supera á todos los Griegos que se propuso imitar, y no le igüala ninguno de los modernos que le han querido seguir. La eloqüencia Griega, como hemos dicho antes, contaba un número infinito de hombres eloqüentes, y parecia que el suelo de Aténas produxese oradores perfectos, como nacia del de Tebas soldados armados. Roma no tenia para oponer á tan noble y numerosa multitud, mas que á Ciceron; pero éste solo valía por una legion entera de Griegos; porque supo juntar la sutileza de Lisias, la suavidad de Isócrates, la agudeza de Ipérides, la plenitud de Eschines, la fuerza de Demóstenes y la abundancia de Platon, sirviendo-

le

le de rico adorno todas aquellas gracias, que estaban divididas entre los escritores Griegos mas excelentes. En el estilo epistolar son muy inferiores los Griegos no solo á Tulio, sino tambien á otros muchos de sus amigos, cuyas cartas se han conservado hasta nuestros dias. En la parte de los diálogos es preciso ceder la gloria á los filósofos Griegos Eschines y Platon, y sobre todo, en otro género, al festivo y gracioso Luciano. Pero sin embargo conviene reflexionar con el académico de Berlin Castillon, traductor de las *Questiones académicas* de Tulio, que por mas que en esta parte sea muy digno de alabanza Platon, hace mal Grou, traductor de su *Republica* en querer tachar el modo que observa Ciceron en sus diálogos, porque la diversidad del diálogo de estos dos ilustres escritores, es conforme á la diversidad de su fin. Sócrates pretendia instruir á la docil juventud confundiendo los sofistas presuntuosos; y para confundir á cualquiera lo mejor es estrecharle, y venir á las manos. Ciceron queria enterar á sus Ro-

ma-



manos de varios systemas de la filosofia Griega, y para conseguir esto no bastaban las sutiles preguntas y respuestas secas, sino que se requeria una continuada y no interrumpida oracion, y una vária y abundante facundia, qual ciertamente se vé en los doctos y eloqüentes diálogos del filósofo Romano. Y asi aun en este ramo de eloqüencia poco seguido de los Latinos, Ciceron solo basta para sostener su gloria. De los historiadores Romanos dice Quintiliano (a): *Historia non cesserit Graecis, nec opponere Thucydidi Salustium verrear.* En efecto no hay razon alguna para temer el cotejo de Salustio con el Griego Tucides. Pero ¿por qué se contentará Quintiliano con decir, *Nec indignetur sibi Herodotus æquari T. Livium?* Cómo? desdeñarse Erodoto? antes bien deberá ensobrevecerse encontrandose al lado de Tito Livio. Diferente máquina se vé en los anales de Livio que en la historia de Erodoto, mas acierto en el orden, mas

(a) Lib. X cap. I.

exactitud en la verdad, mas interes y mas afecto en las narraciones, y mas estudio y finura en todo el trabajo. La dulzura y abundancia de estilo, que son los dotes tan recomendables de Erodoto, no son inferiores, antes bien pueden decirse superiores en el historiador Paduano. La suavidad y natural afluencia de Xenofonte le hicieron acreedor al nombre de *Abeja ática* que le dan los Griegos, percibiendose en efecto esparcida en sus escritos la miel mas dulce; pero la noble simplicidad, la nativa elegancia, el culto é inimitable descuido de los *Comentarios* de Cesar ¿no le igüalan por lo menos con Xenofonte? A mí generalmente me parecen los historiadores Latinos superiores á los Griegos en el orden, en el buen método de las narraciones, en la eleccion de las circunstancias que notan, en la fuerza y eloqüencia de los razonamientos, y en el interes y calor que introducen en toda la historia. Pero los Griegos al contrario superan en la diversidad de modos de escribir; porque Erodoto, Tucides y Xenofonte



nofonte son diferentes entre sí, Polibio usa un género distinto de los otros, y Diodoro Sículo abraza una extension de materias, á que ningun Latino ha llegado jamas. Pasando despues á la Geografia y á la Cronología; cómo podrá Mela competir con Estrabon y tantos geógrafos Griegos? y qué ha de parecer la obrita de Censorino *De die natali*, unico monumento de los conocimientos cronológicos de los Romanos, entre tantas luces como han dado los Griegos para la Cronología? En los estudios filológicos y de erudicion quedan tambien muy inferiores los Romanos á los Griegos. Sea enhorabuena el eruditísimo Varron el Eratóstenes Romano; ¿pero cómo podrán A. Gelio, Macrobio y otros pocos Latinos cotejarse con Dion Crisostomo, con Pausánias, con Plutarco, con Luciano, con Sexto Empirico y con una multitud innumerable de filólogos Griegos? Nosotros colmaremos de las mayores alabanzas el arte retórica y la poetica de Aristóteles, como que forman el primer código de las leyes del buen gusto. Demé-

trio

trio Falereo, Dionysio de Alicarnaso, Longino y algunos otros Griegos han enriquecido con nuevas y exquisitas luces las artes del decir; pero en esta parte no querrán darse por vencidos los Romanos. Solo los escritos retóricos de Ciceron y el arte poetica de Horacio bastarán para hacer frente á todas las obras de los Griegos. Pero aun quando faltasen estos; sería bastante un ejército de escritores Griegos para disputar la palma al sumo maestro del buen gusto el inmortal Quintiliano? Por lo qual si en el paralelo de la literatura Griega con la Romana, se quiere atender á la parte amena de las buenas letras, podrán los Latinos sostener con decoro el cotejo con los Griegos; pues aunque estos en todas clases se encuentran superiores en número, aquellos mantendrán el equilibrio con el peso y con el decoro. Pero si se quiere extender el parangon á las ciencias, entonces será preciso que los Romanos rindan las armas, y se confiesen vencidos por los Griegos. Porque en las matemáticas enmudecieron los Romanos, en la filosofia y

Tom. I.

S

me



medicina no cuentan mas que uno, ó dos escritores, y aun estos instruidos por los Griegos; y Celso, Seneca y Plinio mal pueden haberselas con los Hipócrates, con los Platones, con los Aristóteles, con los Teófrastos y con el ejército innumerable de ilustres escritores de la Grecia. Unicamente en la jurisprudencia pretenden con razon los Romanos ser preferidos, y declarados libres de la dependencia de los Griegos, á quienes debieron el principio de su sabiduria en todas las otras ciencias. El estudio del derecho era el favorecido de los Romanos: la nacion señora y gobernadora del mundo aplicaba gustosa sus meditaciones á aquel estudio, que le parecia conducente para la mejor administracion de justicia, y para exercer los actos de su soberana jurisdiccion. En Grecia, aunque fecunda madre de autores de todas materias, no pueden encontrarse los Sulpicios, los Alfenos, los Ulpianos é infinitos escritores legeles de que se jacta Roma. La culta Atenas en cuyo recinto se veian innumerales escuelas, y cuyo amor á la

sabiduria hacía que resonasen en todas sus calles disputas y questões pertenecientes á las ciencias amenas y á las serias, no tenia escuela alguna de jurisprudencia, ni jamas habia pensado en formar de ella una facultad separada, que mereciese atencion particular. Pero si los Griegos no conocieron la ciencia legal, supieron á lo menos formar leyes, é ilustraron en vez de la jurisprudencia interpretativa la legislativa, que es la parte de aquella facultad mas digna de estimacion. Y ni aun en esta pueden los Romanos eximirse del todo de la dependencia de los Griegos, pues fueron á buscar con tanto aparato en las ciudades de Grecia los principios de legislacion que debian establecer. El cotejo que con mucha doctrina y erudiccion ha hecho Antonio Thysio (a) de las leyes Aticas con las Romanas, manifiesta muy bien quanto procuraron los Decenviros Romanos seguir las pisadas de los Griegos, y que la jurisprudencia Romana, del mismo modo que

S 2

que

(a) *Ant. græc. Tom. V.*